

La Campaña de Oriente de Antonio Maceo en 1895

The East Campaign of Antonino Maceo in 1895

Dr. Manuel Fernández-Carcassés

mfernandez@uo.edu.cu

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba

Resumen

La Campaña de Antonio Maceo en Oriente tuvo como objetivo crear las condiciones para el inicio de la Invasión, requisito indispensable para el éxito de la nueva guerra. Para cumplir ese objetivo, Maceo desarrolló varias acciones militares para debilitar a las tropas españolas destacadas en esta región, y evitar así que la salida de los contingentes de guerreros hacia el oeste, pusiera en desventajosa situación a los cuerpos militares del este. También fue necesario allegar los recursos financieros para que, desde la emigración, se enviaran expediciones con armas y hombres, para apertrechar la columna invasora. Ello fue posible por el sistema de recaudación implantado por Maceo a los hacendados orientales, en virtud del cual logró remitir a PRC en Estados Unidos más de 80 mil pesos. Maceo también organizó las estructuras militares y las prefecturas, y enfrentó conatos de insubordinación, regionalismo y hasta bajas acciones del Gobierno instaurado en Jimaguayú.

Palabras clave: Invasión a Occidente, prefecturas, regionalismo.

Abstract

The objective of the campaign of Antonio Maceo in Oriente was to create the conditions for the beginning of Invasion to the West, important aspect to win in the new war of the Cuban people for its independence. In this way, Maceo generates many military actions in order to debilitate the Spanish army in this place. So, the province of Oriente would stay in good position in front to the attack of Spanish army. Too, it was necessary to collect money for the organization of expeditions from USA, with guns, magazines (cartridge) and soldiers. Maceo obtained this money through the taxes for planters of Oriente. Equally, Maceo organized the military structures and “prefecturas” and combated against regionalism, insubordination and, even, bad actions of the Government established in Jimaguayú.

Keywords: Invasion to the West, “prefecturas”, regionalism.

Introducción

Con este trabajo pretendemos direccionar la atención, con un prudente ahorro de argumentos y demostraciones, hacia los aspectos claves de la trayectoria del Héroe de Baraguá en la Campaña de Oriente en 1895, para demostrar:

1. Que Antonio Maceo fue uno de los jefes militares más talentosos de toda la historia de Cuba y de América Latina, lo cual se puso de manifiesto en la Campaña de Oriente, en especial en los combates de Jobito, Peralejo y Sao del Indio. No fue, sin embargo, un *militarista*. Su postura democrática en la Junta de Bijarú así lo demuestra. No fue la antípoda del poder civil de la Revolución, sino únicamente de los peligrosos errores que con frecuencia emanaron de esos poderes civiles.
2. Que entendió el papel importantísimo de la prensa revolucionaria en la guerra de ideas que debía librarse simultáneamente con las operaciones bélicas. Frente a la enorme campaña de desinformación de los órganos de prensa al servicio de España alzó la presencia útil y revolucionaria de *El Cubano Libre*, a la vez que se preocupó por atender a corresponsales de periódicos extranjeros, brindándoles la información fidedigna sobre el estado de la Revolución.
3. Que fue defensor permanente de los principios revolucionarios (éticos y políticos). Por eso reprendió firmemente a Masó, que obstaculizaba la organización de la Invasión. Por eso ordenó que se juzgara con rigor a los desertores, correveidiles del enemigo e indisciplinados. Y dio sobrados ejemplos de caballerosidad y humanismo con el enemigo derrotado en buena lid, mientras era intransigente con la cobardía, la mentira, la injusticia, la hipocresía y, sobre todo, la traición.
4. Que, a pesar de la discriminación de que fue víctima, de las miserias humanas que se alebrestaron en su contra, siempre mantuvo inquebrantable su disciplina y en alto su disposición de luchar hasta la muerte por la independencia.
5. Que estuvo lejos de las ansias de poder y protagonismo que, en otros casos dentro de las filas independentistas, estuvieron taladrando.
6. Que entendió que la riqueza, por esencia, no es enemiga de la Revolución, sino solo aquella que se opone a la misma. Por eso, la aprovechó, a través de impuestos a los hacendados de Oriente, para allegar los fondos necesarios para armar a las futuras tropas de la Invasión.
7. Que entendió que, a contrapelo de lo que planteaba Gómez, la Invasión no podía partir de inmediato, pues antes era necesario una Campaña, como la que él protagonizó en Oriente, para dejar esta zona del país en condiciones de mantenerse como bastión firme de la insurrección.

8. Que luchó, igualmente en esta Guerra, contra el regionalismo, al considerarlo un mal terrible para la Revolución, tal como lo había sido en el 68.

Desarrollo

Después del desembarco el 1 de abril de 1895 de la goleta Honor, Antonio Maceo, que había venido en la expedición subordinado a Flor Crombet, asume el mando de las tropas. Ese mismo día libran el primer combate contra los españoles, a la vista de la villa primada, como queriendo el Titán que todos supieran que ya estaba en Cuba. En efecto, su presencia en tierras cubanas estimuló la incorporación de gran cantidad de hombres a las filas mambisas. El entusiasmo que generó su llegada al suelo patrio, movilizó hacia la manigua redentora a muchos orientales, que solo esperaban por el Héroe de Baraguá para acreditar lo verdadero de esta nueva contienda.

Pero también movilizó en su contra a las fuerzas de la reacción. Es así como el 5 de abril son atacados en Dos Brazos, en la zona de Yateras, por guerrilleros al mando del teniente Pedro Garrido, lo que provoca dispersión de los cubanos e, incluso, que algunos cayeran prisioneros. Y el 8 de abril, en un punto de la geografía guantanamera conocido como La Alegría, caen nuevamente los cubanos al mando de Maceo en una emboscada que le habían preparado los guerrilleros, y como consecuencia de ella tiene que dividirse el grupo: Maceo, con unos pocos hombres, inicia un recorrido, a pie, de más de 180 km, sorteando las celadas que se le tendían por tropas españolas y guerrilleros, hasta llegar, el día 21, al campamento del Ejército Libertador dirigido por Benigno Ferié en Vega Bellaca, en el actual municipio santiaguero del II Frente.

El día anterior, 20 de abril, adoptando una vez más su firme postura hacia las claudicaciones y componendas, había ordenado ahorcar a los emisarios del enemigo, fueran “peninsulares o cubanos”, que se presentaran en los campamentos mambises, a la vez que prohibió “la entrada del ganado de los campos a los pueblos, como también toda comunicación que haya o pueda haber con el enemigo” (Franco, 1973, II, p. 111).

Ya al frente de una tropa numerosa, Antonio Maceo hostiga y destruye gran parte de la línea férrea perteneciente al Ferrocarril de Sabanilla-Maroto, y presenta combate en Jarahueca, cerca de Santiago de Cuba, el 29 de abril, frente a una columna española al mando de General Salcedo. También tiene encuentros en Monteverde.

El 5 de mayo de 1895 sostiene con Martí y Gómez, en el ingenio La Mejorana, una histórica reunión, de la que se ha especulado sobre sus pormenores. Lo cierto es que, según parece, las discusiones fueron acaloradas y Maceo, al que aún no se le había explicado detalladamente su insólita subordinación a Flor en el viaje desde Costa Rica hacia Cuba, quedó profundamente indignado. Tanto, que esa noche no los recibió en su campamento, teniendo Gómez y Martí que

pernoctar fuera. Fue también motivo de agria disputa —según cuenta Martí en su Diario— la forma en que debía organizarse la Revolución que recién comenzaba. Maceo, que había sufrido en carne propia los desmanes del civilismo excesivo del 68, creía ver en Martí al defensor de aquella posición, por lo que sostenía que lo más conveniente era crear una Junta de Generales como expresión suprema del poder, lo cual no excluiría un reducido aparato civil, subordinado a esta Junta. Como era lógico, Maceo quería garantizar la mayor libertad de operaciones al Ejército Libertador, librándolo de los caprichos, desaguizados y hasta bajas pasiones que en la Guerra Grande habían lastrado el desarrollo de la contienda.

Al siguiente día de la entrevista de La Mejorana, como para dejar zanjadas las contradicciones, Maceo ordena formar marcialmente a sus tropas, que pasan en revista frente a los jefes de la insurrección. Finalmente, se despiden: Martí y Gómez se dirigen al Camagüey para constituir el gobierno, y Maceo quedó al mando de Oriente, con la idea de organizar todas las fuerzas cubanas en pie de guerra en esta región, y hostigar al enemigo hasta debilitarlo al máximo.

Es así que entre los meses de mayo a septiembre de 1895, Maceo desarrolla la brillante Campaña de Oriente, caracterizada no solo por las acciones militares, sino también por los pasos organizativos. Es de destacar la creación del Primer Cuerpo, que quedó al mando de José Maceo. Posteriormente se dio a la tarea de reorganizar el Segundo Cuerpo, inicialmente comandado por Bartolomé Masó, cargo del que fue sustituido por el propio Maceo debido a serias contradicciones —marcadas por la evidente insubordinación de Masó con relación a la preparación de la Invasión— y el nombramiento posterior de Jesús Rabí al frente de ese Cuerpo.

De igual manera, en su recorrido triunfal por los dos Cuerpos del oriente cubano, va dejando organizadas las estructuras militares respectivas. También se dio a la tarea de organizar las prefecturas mambisas, retomando esta experiencia del 68 y a sabiendas de su importancia para aprovechar las potencialidades revolucionarias de los no aptos para el combate, asignándoles trabajos muy necesarios para la logística mambisa, que se realizaban en esas prefecturas.

En lo puramente bélico, se resalta el objetivo estratégico de esta campaña: desgastar en todo cuanto fuera posible las fuerzas españolas en Oriente, pues la materialización de la idea de la invasión, desde siempre acariciada, tendría como resultado inmediato una disminución considerable del número de cubanos en armas en esta parte del país —pues el contingente invasor se nutriría inicialmente de soldados y oficiales orientales— y era necesario dejar el este de la Isla en una situación favorable en la correlación de fuerzas, hasta tanto las diferentes Divisiones y Brigadas engrosaran sus filas a partir de nuevas incorporaciones y como resultado de la llegada de expediciones. Consecuentemente, como se verá a continuación, fue intenso el

batallar del General Antonio en los seis meses anteriores a la salida de la Invasión. En este aspecto no estuvo de acuerdo con Máximo Gómez, que era partidario de iniciar cuanto antes la invasión, sin tener en cuenta la situación en que quedaría Oriente como consecuencia de una súbita disminución de sus efectivos militares, ni el requisito imprescindible de apertrechar adecuadamente a la columna invasora de las armas que no se tenían, y que o bien había que arrebatárselas al enemigo, o recibirlas en las expediciones, todo lo cual implicaba tiempo.

Como acciones militares más importantes de esta campaña señalamos que el 7 de mayo toma El Cristo, poblado ubicado en las inmediaciones de Santiago de Cuba y después se dirige hacia la zona de Guantánamo, donde se produce el día 13 de mayo el combate de Jobito (cerca de la ciudad de Guantánamo) en el que los cubanos enfrentaron a 400 españoles dirigidos por el Teniente Coronel Joaquín Bosch, muerto en la propia acción (junto a otros 21 miembros de ese batallón). En Jobito los cubanos se apropiaron de varios caballos y algunas armas. Posteriormente, en dirección al norte, el 18 de mayo, ataca Sagua de Tánamo y el cercano poblado de El Esterón, donde obtiene abundantes provisiones. En Barredera, sitio también próximo, gana una importante cantidad de medicinas, ropas y alimentos. Luego, incursiona sobre Cabonico, donde es vitoreado por el pueblo, incluyendo a las personas más acaudaladas del lugar, y el 22 de mayo acampa cerca de Mayarí Abajo, tanto que las banderas de la estrella solitaria, enarboladas por sus fuerzas, eran visibles desde la población, sin que las tropas españolas allí acantonadas se atrevieran a atacarlos (Pérez, 2010).

El 25 de mayo llega Maceo a Tacajó, lugar donde se reúne con los brigadieres Luís de Feria y Ángel Guerra y los coroneles José Miró Argenter y Remigio Marrero que venían con nutridas tropas holguineras (Franco, 1973, II, p. 144). Luego, se dirige a la zona de Gibara y el 28 de mayo está en Bijarú. Allí conoce la noticia de la muerte de José Martí.

Es por ello que, a la vista de este trágico acontecimiento y ante la inminencia de la celebración de la Asamblea Constituyente de la República en Armas, convoca a varios de los más prestigiosos jefes de Oriente, para debatir y acordar, allí en Bijarú, las posiciones que se defenderían, a nombre de esta región, en la ya próxima Asamblea, sobre la forma que debía adoptar el Gobierno que allí se delinearía. En esta reunión, conocida como la Junta o Parlamento de Bijarú, estuvieron presentes, entre otros, el General de Brigada Luis de Feria, los coroneles Rafael Manduley y José Miró Argenter, “los oficiales Sánchez, Corona, Palacios y Maspons y los abogados Portuondo y Salceda; los seis últimos pertenecientes al Estado General de Maceo” (Miró, 1970, I, p. 56). De esta suerte, es irresponsable sostener que Maceo impuso su criterio a los que representarían a Oriente en Jimaguayú. En todo caso, lo justo es reconocer que los representantes orientales llevaron a la Constituyente lo acordado en Bijarú. El propio

General Maceo aclaró, en carta a Cisneros Betancourt, que la posición de los orientales era el resultado de un amplio y sincero debate y no de imposición alguna de nadie:

Los representantes de Oriente me despreciarían, si hubiesen ido ahí desempeñando el puesto que se les supone. Son hombres de criterio propio, y se les insulta suponiéndoseles instrumentos míos, tal vez porque crean lo contrario de lo que otros piensan de mí, o porque rechazan con energía alguna imposición de maquiavélicos trabajos (Maceo, 1998, p. 48).

Tampoco es real que los representantes del Oriente fueron escogidos por Maceo, cuando en honor a la más estricta verdad hay que reconocer que los mismos —Rafael Portuondo Tamayo, Rafael Manduley del Río, Pedro Aguilera, Joaquín Castillo Duany y Mariano Sánchez Vaillant— fueron elegidos por votación de los allí presentes. Por cierto, algunos delegados orientales pensaron llevar a la Asamblea Constituyente la propuesta de que Maceo fuera nombrado General en Jefe del Ejército Libertador, pero fue el propio Maceo quien, al agradecer esa muestra de confianza, prohibió que tal idea se llevara a cabo, un ejemplo más de su desprendimiento y ausencia absoluta de ambiciones personales.

Eso sí, pidió a los representantes elegidos en Bijarú que propusieran al Mayor General Bartolomé Masó —un militar— como presidente de la República en Armas. Lo mismo pide a Máximo Gómez, y lo informa a Salvador Cisneros Betancourt, lo que debe haber indisputado al Marqués, cuyas pretensiones desde que llegó a Cuba y finalmente hechas realidad en Jimaguayú por el voto de los delegados de Camagüey, Las Villas y Occidente, eran precisamente las de ser él el presidente.

En verdad, Cisneros manifestó una real animadversión hacia Antonio y hacia José Maceo. Por ejemplo, al enterarse de que Maceo había hecho renacer el periódico *El Cubano Libre*, que en la Guerra Grande había sido fundado por Céspedes, escribió indignado e irreverente a Estrada Palma:

Me temo que la hormiga quiere criar mucha ala y esta ambición desmedida nos da mucho que hacer. José Antonio Maceo que se conforme con sus laureles militares y será bueno que usted le aconseje que se conforme con ser jefe de expedición y deje la política a un lado, pues nosotros y parte de Oriente no admitiremos otra cosa que no sea un gobierno republicano democrático (Maceo, 1998, p. 50).

También, cuando supo que los de Oriente, en Jimaguayú, pensaban proponer a Maceo como Presidente, escribió alarmado al propio Titán. Esta irrespetuosa carta recibió la merecida respuesta de Maceo:

Cuando usted dice que yo debo esperar a que me den, debo significarle que su oferta está buena para los que mendigan puestos, o para las personas que no sepan conquistarse con sus propios esfuerzos el que deban desempeñar en la vida pública, por lo que le suplico no olvide mis condiciones de hombre de este temperamento si en otra ocasión se le ocurre hablarme de puestos y destinos, que nunca he solicitado, pues como usted sabe tengo la satisfacción de no haber desempeñado ninguno por favor; al contrario, con oposición manifiesta para lo más insignificante. La humildad de mi cuna me impidió colocarme desde un principio a la altura de otros, que nacieron siendo jefes de la Revolución. Quizás por eso usted se cree autorizado para suponer que me halaga con lo que indica me tocará en el reparto (Maceo, 1998, p. 49).

El Titán, sin embargo, a pesar de las miserias humanas que se movían en su contra, y dando continuidad a su victoriosa Campaña de Oriente, el 2 de junio ataca y toma el poblado de Yabazón y ese mismo día toma Guabajaney, otro poblado igualmente cercano a Gibara. Al siguiente día, ataca y toma Santa Lucía. De hecho, Maceo se propuso incursionar sobre el emporio productivo que constituía la zona de Gibara, conocida como “La Pequeña España” debido al predominio de españoles en la población, con el doble objetivo de destruir la producción agrícola que sostenía a los dos centros urbanos más importantes del norte de Oriente (Holguín y Gibara) y atraer sobre sí al grueso de las tropas españolas, para facilitar el paso de Gómez al Camagüey (Pérez, 2010).

En este contexto, escribe y divulga una proclama dirigida a “Los Soldados del Gobierno Español”, en la que los invita a unirse a los cubanos, porque ellos son:

(...) las víctimas que los desalmados políticos peninsulares lanzan a la muerte con el mentido pretexto de sostener la honra nacional; pero en realidad para defender únicamente los privilegios y prebendas de que disfrutaban ellos, y que allá, en la corrompida Corte, les permite una vida de lujos y placeres, cuando no de crápula asquerosa (Maceo, 1998, p. 48).

En este periplo por las comarcas holguineras supo Maceo que en Nipe había una vieja imprenta de la que no sería difícil apropiarse. Ordenó entonces al brigadier Luis de Fera acometer la acción, con el objetivo de hacer renacer el periódico *El Cubano Libre*, que bajo la dirección de Mariano Corona, apareció el 3 de agosto de 1895 como órgano de los revolucionarios en Oriente, hecho que llenó de entusiasmo al General Maceo.

Después, se dirige a la región de La Tunas, y de allí a Bayamo. Como se ha visto, en su periplo por la región Tunas-Holguín no ha tenido Maceo grandes enfrentamientos con los españoles. Así lo dice en carta al director del periódico Herald:

En mi campaña a la costa del norte no he tenido acción ninguna de gran importancia. Las columnas enemigas no se atreven a atacarnos después de la batalla de Jobito. Marcho con 5000 hombres ya bien armados... pronto emprenderé operaciones en gran escala (Maceo, 1998, p. 27).

Esa “operación en gran escala” llegó en Peralejo, cerca del legendario Bayamo, donde libra el 13 de julio de 1895 un combate que resultó ser sonada victoria para las armas cubanas. Las poderosas fuerzas enemigas estaban dirigidas por el ya general Fidel Alonso de Santocildes, con el que Maceo, años atrás, se había encontrado, durante su estancia en La Habana, en la librería de la calle Obispo, y que murió en ese enfrentamiento de Peralejo, como consecuencia de un certero y fulminante disparo en la frente. En esas circunstancias, el mismísimo Capitán General español Arsenio Martínez Campos se hace cargo de la dirección de las huestes y, milagrosamente, logra escapar, derrotado, hacia Bayamo. “De haber estado José, seguro lo hubiéramos cogido”, cuentan que el Titán repetía, refiriéndose a esa acción, y a la falta que en la misma le hizo su hermano querido. También aludía Maceo a otro factor que provocó que no pudiera capturar a Martínez Campos: “Se me escapó Martínez Campos debido a la contradicción en los informes que recibí, tal vez en la próxima no sea tan dichoso” (Maceo, 1998, p. 42).

El 18 de septiembre de 1895, la Asamblea Constituyente de Jimaguayú, en atención a su elevadísimo prestigio y a sus indiscutibles dotes como militar y como líder político, pero sobre todas las cosas porque no tenía alternativas, lo nombró Lugarteniente General del Ejército Libertador. Cuando llegó al conocimiento de Maceo la noticia de su nombramiento como segundo jefe del Ejército Libertador, este se encontraba nuevamente en la región de Holguín, enfermo de una fuerte indigestión, producida por comer carnes en mal estado. A pesar del sigilo y la prudencia mambisa, los españoles supieron del estado del General Maceo, y despacharon fuerzas, desde Holguín, para atraparlo. Vano intento. Los bravos holguineros, dirigidos por Luis de Feria y Remigio Marrero, frustraron los planes del mando español y despedazaron las huestes designadas para cumplirlos. El propio General Antonio, enfermo aún, con fiebre alta, participa en algunos enfrentamientos, y también, en ese estado, dirige acciones, como había ocurrido —y en lo sucesivo ocurrirá— muchas veces. Una vez recuperado, el General Antonio piensa que es llegado el momento de concluir su Campaña de Oriente. Es así que libra solo otras pequeñas escaramuzas.

Estando acampado en El Escandell, cerca de Santiago de Cuba, recibe aviso de su hermano José. El León de Oriente le informa que se encuentra enfermo —la ciática casi le impide andar— y que ha recibido confidencias de que fuerzas españolas conocen de su estado, y han salido a toda prisa de Guantánamo para capturarlo vivo o muerto. No hay tiempo que perder. De inmediato emprende, en la oscuridad de la noche, una marcha entre montañas, despeñaderos, bosques frondosos, en apoyo a su hermano José. Algunos caballos y acémilas se pierden en el tortuoso trayecto —hazaña digna de admiración— pero llega a tiempo para, desde las 5 de la

madrugada del 31 de agosto de 1895, junto con las fuerzas de José, librar el combate de Sao del Indio. En el mismo, enfrentan una tropa de 900 hombres, al mando del Coronel español Francisco Borja Canellas, de los cuales 200 causan baja —por muerte o heridas— como consecuencia de este combate que se extendió hasta el día 2 de octubre, pues habiéndose retirado los españoles ante el empuje mambí, estos continuaron persiguiéndolos y causándoles bajas, hasta que pudieron entrar en la ciudad de Guantánamo. En Sao del Indio las fuerzas de Maceo emplean la dinamita como arma, lo que ha hecho pensar a algunos historiadores que los destrozos causados por la feroz detonación en los cuerpos de los españoles causaron consternación en el General Antonio, al extremo que se propuso, en lo sucesivo, evitar su uso. Es cierto que, por su gran humanismo, Maceo debe haber sentido pena ante el espectáculo aterrador que observaba, pero sería ingenuo pensar que iba por ello a renunciar al uso de un medio de lucha tan eficaz. Episodios posteriores demuestran que nuestro Héroe ordenó, para enfrentar fuerzas españolas superiores en número y armamento, el minado de caminos y vías férreas, para cumplir su precepto militar de acometer acciones exitosas con la mayor economía posible de material de guerra y hombres.

Después de Sao del Indio, todos los esfuerzos del Titán se encaminan a organizar el contingente invasor que debía llevar la guerra emancipadora al occidente. Este contingente, así hay que reconocerlo, pudo disponer de armas y municiones, pertrechos médicos y de boca, en gran medida, gracias a la intensa labor de recaudación impuesta por Maceo a los hacendados de Oriente, a quienes obligó a contribuir financieramente con la Revolución, so pena de ver destruidas sus propiedades en caso de alguna negativa. Una carta de Maceo, dirigida a un terrateniente oriental, da fe de lo anterior:

En caso de acceder a mi petición, ordenaré como Jefe superior de la Provincia, a las fuerzas de mi mando, que respeten y protejan sus propiedades, como si fueran pertenencias de la República... pero en caso de negarse V. a mi justa petición, lejos de indemnizarle daño alguno, ordenaré la total destrucción de sus intereses, como castigo de una conducta temeraria y perjudicial a la Revolución (Maceo, 1998, p. 28).

Casos excepcionales hubo, sin embargo, en que ciertas fuerzas cubanas, más bien de bandidos que de libertadores, e incluso algunos prefectos, aún cuando determinados propietarios contribuían financieramente con la Revolución y habían recibido todas las garantías del General Antonio, eran hostigados con exigencias de dinero y prohibiciones. Habiéndose quejado estos propietarios ante Maceo, este solicita a su hermano José:

(...) que los culpables reciban el merecido castigo, pues según me manifiestan, los querellantes tuvieron que entregar el dinero” y le comunica que se ha dirigido también a los Prefectos de Santa Rita y Santa Bárbara “para que permitan a aquellos la libre extracción de los productos de la finca (Maceo,

1998, p. 83).

De más está decir que no todos los hacendados de la región colaboraron con la Revolución, incluso algunos intentaron sacar del país sus reses, para no tener que entregarlas a la causa independentista.

Por este concepto de las contribuciones de guerra, Maceo pudo remitir a la Delegación del PRC en Nueva York o a otras personas en Santiago de Cuba para la compra de armas, la abultada cantidad de más de 80 mil pesos en oro español, cifra que en el mes de noviembre de 1895 ya superaba los 173 mil pesos oro (Maceo, 1998, p. 108), suficientes para preparar las expediciones que llegaron en esos momentos, cuyos alijos fueron decisivos para la organización de la invasión. Se demostró así la validez de la concepción de Maceo de que la tea era solo necesaria contra aquella riqueza que se empeñara en oponerse a la Revolución, no contra la que la favoreciera.

También el General Maceo, preocupado de todos los detalles humanos de cualquier acción bélica, pidió al Jefe del Departamento Oriental, Mayor General José Maceo Grajales, que no dejara desamparadas a las familias de los bravos orientales que marchaban hacia Occidente. En tal sentido escribe a su hermano José:

Con motivo de la invasión a Occidente, los jefes, oficiales y soldados que forman la columna expedicionaria tienen que dejar en el mayor desamparo a sus respectivas familias, de las que son el sostén.... me dirijo a usted para que, en su calidad de jefe Superior del Departamento, de las órdenes oportunas para que a las esposas o mujeres de los expresados militares las auxilien poniendo a su disposición a uno o más individuos que estén exentos del servicio de las armas, para que se encarguen de proporcionarles los recursos necesarios para su alimentación (Maceo, 1998, pp. 98-99).

Se preocupaba también por los enemigos heridos en acciones militares, aun cuando los españoles, a menudo, los abandonaban a su suerte en los campos de batalla. El 16 de julio de 1895, dando a Martínez Campos una lección de elevada moral y humanismo, le escribe en estos términos:

Deseoso de que los heridos, que las tropas de su Ejército abandonaron en el campo de batalla, no perezcan por falta de auxilio, he dispuesto sean colocados en casa de una familia cubana del lugar donde fue el combate, hasta que V. mande por ellos; seguro de que la fuerza que venga a llevárselos no será hostilizada por las de mi mando (Maceo, 1998, p. 102).

El 22 de octubre de 1895 salía de los Mangos de Baraguá la columna invasora al mando del Mayor General Antonio Maceo Grajales. Era despedida por el Consejo de Gobierno. En hermoso simbolismo, el Titán de Bronce escogió este lugar para iniciar la gloriosa marcha, pues

allí precisamente había tenido lugar el último hecho heroico de la Guerra de los Diez Años: la famosa Protesta de Baraguá, protagonizada por el propio Maceo, que en nombre de lo más puro del ideal independentista, dejó claro que el machete no se envainaría hasta que Cuba no fuera independiente y libre del odioso flagelo de la esclavitud. La Invasión a Occidente partió de Baraguá dando continuidad a aquella ineludible decisión, y sería el golpe de muerte al colonialismo español.

El día de la partida, ya están organizadas las huestes del Primer Cuerpo y las del territorio holguinero, así como su equipo de mando: General José Miró Argenter como Jefe de Estado Mayor, General Luis de Feria al frente de la Caballería, General Quintín Banderas como jefe de la Infantería, Coronel Joaquín Castillo Duany como jefe de Sanidad y el Coronel Pedro Vargas a cargo de la Instrucción.

Pero aún no llegan los hombres que Masó debe aportar, razón por la cual Maceo tiene que acampar en Mala Noche en espera de dichos efectivos, a pesar de la urgencia con que el General en Jefe lo reclama en Las Villas. Realmente, el General Bartolomé Masó era de la opinión de que entregar esas fuerzas para la marcha hacia Occidente significaría dejar a Oriente en una posición muy desventajosa, por la drástica disminución del número de hombres sobre las armas. Volvía a flotar sobre el panorama insurrecto la sombra nefasta del regionalismo, solo que esta vez el General Maceo supo enfrentar el mal, aún a costa de tomar medidas drásticas contra Masó, un hombre de una heroica hoja de servicios a la Patria, desde los primeros días de La Demajagua, y por quien sentía verdadera admiración. Recuérdese que solo unos meses atrás Maceo había insistido en la conveniencia de que Masó fuera nombrado presidente de la República en Armas. Pero, en los asuntos de la Revolución independentista, Maceo era intransigente. Por eso, ante la negativa reiterada de Masó, que no obedece sus sucesivas órdenes, lo sustituye al frente del Segundo Cuerpo, y nombra en su lugar al General Jesús Rabí. Gómez apoya esa decisión.

Ya en contacto directo con Rabí, Maceo le indica que espera en la finca Mala Noche la llegada de los hombres del Segundo Cuerpo, con los que debía si no completarse la cifra de mil cien hombres decidida por Gómez, al menos acercarse a la misma, a la vez que le ordena conducir ante él, en el Cuartel General, en calidad de preso a Bartolomé Masó, para que rindiera cuentas, ante Consejo de Guerra, por su insubordinación, y evitar así “que la tolerancia a las faltas cometidas por el referido Mayor General nos lleve otra vez a las Lagunas de Varona” (Maceo, 1998, p. 87). El historiador Joel James Figarola, con su proverbial tino, ha considerado que Masó merecía un ejemplarizante Consejo de Guerra,

(...) pero Cisneros hizo sobreseer el pedido, amnistió por así decirlo a Masó y lo dejó en las funciones inútiles de vicepresidente. Ya *el contra sí* había aparecido

de nuevo; un *contra sí* vergonzoso y rastrero que ya se había anunciado cuando el propio Cisneros había escrito a Maceo meses antes para que no albergase aspiraciones políticas, para que se mantuviese sólo en el ámbito militar; como si dijéramos: —Usted que es negro dedíquese a pelear y no se ocupe de la política, que para eso estamos los blancos (James, 2005, p. 166).

No puede haber duda alguna del disgusto de Masó con la dirigencia del Ejército Mambí. Es cierto que su actitud conspiró contra el inicio de la Invasión. Pero Masó era hombre grande, y sabía rectificar y poner los asuntos de Cuba por encima de cualquier pormenor de índole personal. Por eso, ya incorporado al Consejo de Gobierno, y marchando con el Gobierno junto a la Columna Invasora, llega la hora de un combate en La Reforma. Entonces, alzándose en toda su estatura patriótica, se presenta ante Maceo para ocupar su lugar frente a las balas enemigas, y con impar modestia, el Vicepresidente de la República de Cuba en Armas se cuadra: “A sus órdenes, General. ¿Dónde cubro?” (Rodríguez, 2012, 20)

A la excesiva demora —ya explicada— en el inicio de la marcha de la columna invasora se había unido otra adversidad: comienzan a darse casos de deserciones de soldados y de algunos oficiales, que aprovechan la prolongada estadía para escabullirse del deber, e influidos sin duda alguna por las conductas que observan en algunos jefes, incluido el propio General Masó, de entorpecimiento a la realización de la Invasión. Como asevera James Figarola, estos desertores no huían de la revolución ni del Ejército Libertador, sino de la invasión, de la idea de irse a luchar lejos de sus comarcas. Por tanto, concluye Joel James, “las deserciones eran reacciones sociales, en absoluto políticas, expresión de una mentalidad regionalista aún prevaleciente” (James, 2005, p. 171).

Durante su espera, Maceo ha tenido tiempo también de escribirles a algunos presidentes de naciones latinoamericanas para solicitarles el apoyo a la Revolución Cubana. Entre ellos, al General Joaquín Crespo, Presidente de Venezuela; Eloy Alfaro, Presidente de Ecuador; Porfirio Díaz, Presidente de México; José D. Zelaya, Presidente del Uruguay; Ulises Heureaux, Presidente de la República Dominicana; y Francisco Baca, Vicepresidente de Nicaragua. Solo Eloy Alfaro accionó a favor de la independencia cubana, pues como señala Sergio Guerra Vilaboy, si bien en la Guerra del 68 la insurrección cubana había recibido el apoyo de los gobiernos del área, ahora en el 95, cuando España ha reconocido a las repúblicas latinoamericanas, y se ha generalizado la intención de estimular “la raza hispana”, hay una marcada desidia entre los gobiernos de América Latina con relación al caso cubano.

Con excepción, repetimos, del presidente de la República del Ecuador, Eloy Alfaro, que planeó enviar hombres a Cuba, dirigidos por el coronel León Valles Franco,

(...) pero las dificultades derivadas del transporte de tropas de la costa del Pacífico a las aguas del mar Caribe (...) y los propios problemas internos provocados por las constantes insurrecciones de sus enemigos, dieron al traste con este nuevo proyecto solidario alfarista (Guerra, 2014, p. 29).

Igualmente, el ilustre ecuatoriano envió el 19 de diciembre de 1895, por los canales diplomáticos, una carta a la reina regente de España, María Cristina, instándola a resolver el problema de la independencia cubana (Guerra, 2014, p. 31). El General Maceo, ya en Occidente en ese momento, le agradece el gesto, diciéndole que:

Por la prensa española he sabido la parte que usted, en cumplimiento de lo que un día me ofreció, ha tomado en pro de la causa cubana. Reciba por tan señalada prueba de amistad y de consecuencia, mis más expresivas gracias y las de este ejército (Guerra, 2014, p. 32).

Finalmente, llegados —aunque nunca en la cifra solicitada— los hombres que desde el Segundo Cuerpo remite Rabí, puede reiniciar Maceo la marcha a Occidente, no sin antes leer ante la Columna Invasora su *Alocución a los Orientales*, que había escrito en los Mangos de Baraguá el 18 de octubre:

Vosotros, a quienes cabe la indisputable gloria de haber sido los primeros en lanzaros en armas contra la tiranía española el 10 de octubre de 1868 y el 24 de febrero de 1895, sois los llamados por segunda vez, por mandato de nuestros jefes superiores, a llevar vuestras triunfadoras armas hasta los confines de Occidente y auxiliar a nuestros hermanos de aquellas regiones que os esperan llenos de fervoroso entusiasmo... El Gobierno de la República, el país, que está con nosotros, y la opinión universal, tienen sus ojos y sus pensamientos fijos en vosotros en estos supremos momentos en que se ha de decidir la suerte futura de un pueblo desgraciado... ¡Orientales, la suerte de la Patria está en vuestras manos! (Maceo, 1998, pp. 61-62).

Menester fue también despachar correspondencia a los jefes de las brigadas que quedaban en Oriente, con la orden de aprehender a los desertores de la columna invasora, y en el caso de los oficiales prófugos pasarlos por las armas, como medida radical para enfrentar este mal, tan dañino en la campaña del 68 y que podía serlo también en la del 95. Se sabe que, desgraciadamente, esta orden no fue cumplida por todos los jefes encargados de hacerlo, alegando la necesidad de hombres en las disminuidas fuerzas bajo su mando. Indisciplina y regionalismo combinados que, una vez más, mostraban su oreja peluda.

De igual suerte, deja acordado con su hermano José, que ha quedado como Jefe de Oriente, la organización y envío de un segundo contingente invasor, que saldría luego con tropas orientales, para robustecer a la columna invasora, la que necesariamente tendría bajas en su trayecto hasta Pinar del Río. Así lo hace saber al General en Jefe Máximo Gómez:

Tengo el honor de comunicar a usted que, con fecha 20 del mes pasado, hice entrega al mayor general José Maceo del mando del Departamento Oriental para ponerme en marcha con la columna invasora, habiéndole dado instrucciones para la organización del segundo contingente (Maceo, 1998, p. 112).

También, antes de partir, había ordenado a José que diera instrucciones a todos los jefes de brigada para “que no toleren ningún acto de insubordinación ni faltas en el servicio, por lo funesto que es toda clase de tolerancias en este asunto” (Maceo, 1998, p. 70). Después de la salida de Mala Noche, Maceo evita cualquier enfrentamiento con el enemigo, siempre que este significara merma de las fuerzas que se encaminaban al poniente cubano. Por ello, esquivo a las tropas numerosas que, desde Holguín, se envían para frenarlo. Ya había tenido tiempo, durante su Campaña de Oriente, de arrasar, con el concurso decidido de los jefes de cada región, con cuantas tropas españolas intentaron frenarlo. Sus últimas refriegas de cierta connotación en territorio oriental fueron los combates de Guaramanao y Lavado, pero hay que decir que se trataron de acciones de poca envergadura, y por otro lado, imposibles de sortear.

Conclusiones

La Campaña de Oriente de Antonio Maceo en 1895 cumplió los objetivos que se propuso, y fue un necesario preámbulo para la gesta heroica de la Invasión a Occidente, pues sin los recursos financieros que, en apoyo de la Revolución, logró recaudar el Titán, sin las batallas que libró en esta región, que prácticamente garantizaron una temprana supremacía mambisa en el este de la Isla, y los pasos organizativos dados a la sazón, el éxito posterior hubiera quedado en el marco de la duda.

Referencias bibliográficas

1. Franco Ferrán, J.L. (1973). *Antonio Maceo, apuntes para una historia de su vida*. La Habana: Ciencias Sociales.
2. Guerra Vilaboy, S. (2014). Introducción. En Alfaro, E., *Escritos históricos*. La Habana: Centro Cívico Ciudad Alfaro – Casa de las Américas.
3. James Figarola, J. (2005). *Fundamentos sociológicos de la Revolución Cubana (Siglo XIX)*. Santiago de Cuba: Oriente.
4. Maceo y Grajales, A. (1998). *Antonio Maceo. Ideología política. Cartas y otros documentos*. La Habana: Ciencias Sociales.
5. Miró Argenter, J. (1970). *Crónicas de la guerra*. La Habana: Huracán.

-
6. Pérez Concepción, H. (2010). *Antonio Maceo en Holguín durante la guerra independentista cubana de 1895*. Recuperado en octubre de 2015 de <http://aldeacotidiana.blogspot.com/2010/12/el-levantamiento-independentista-del-24.html>
 7. Rodríguez, Pedro Pablo (2012). *Hacia Cuba libre. Próceres inolvidables*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.